

— Oyeme—le dijo—: tú y yo, tenemos un temple de acero, somos capaces de todo.

— Sí, de todo—dijo Isabel.

— Pon la mano en mi corazón... Ya está quieto; está en su hora.

Isabel se asustó.

— La boca del infierno es muda—continuó Rosa—; nadie sabe lo que hay dentro.

— ¡Rosa!—exclamó Isabel.

— Calla; en el fondo de ese abismo está la venganza. ¡Esa alta frente que se ha ceñido los laureles de Salamanca, caerá al impulso de un rayo fulminado por mi mano!

— ¿Qué dices, Rosa? ¡Por Dios!...

— Desde hoy, ni una palabra. Yo laboro en el silencio; tengo el demonio dentro del pecho; él me inspira.

— Pero, ¿qué quieres?

— Nada y todo, ya verás: donde no han alcanzado las balas, llegará el poder de mi venganza; yo llevaré el espanto y la desesperación al seno de nuestros enemigos.

Isabel contemplaba con asombro a su amiga.

— ¡Ya, ya verás: en medio del festín de la victoria, cuando todo sea goce y regocijo, cuando estén enfloradas las puertas del porvenir, yo lanzaré la tempestad; soy invulnerable!

— Pero...

— Vete. Si te necesito, te avisaré, y si no..., ¡ya escucharás el alarido de espanto!... Este escapulario bautizado con la sangre de Armando, será el amuleto que me ampare... ¡Ya estoy sobre la huella; el triunfo es mío! ¡Vete!

— ¡Está loca esta mujer!—exclamó Isabel, y salió del aposento.

V

El Presidente legítimo de la República, Benito Juárez, para dar más amplitudes al campo de la guerra, había instalado su Gobierno en Guadalajara.

Al partir de allí el general Parrodi, había dejado organizada una fuerza de setecientos hombres, fiando el mando del 5.º de línea al teniente coronel Antonio Landa, y la Guardia Nacional al insigne patriota Cruz Aedo, y al no menos, Contreras Medellín, Prefecto del Cantón.

El Gobierno recibía continuos avisos de que Landa estaba en connivencia con la reacción; pero el acreditado liberal Silverio Núñez, protestaba, bajo su palabra de honor, contra aquellas denuncias.

El señor Juárez y sus ministros habían ido a tomar baños a los Colomos, a unas dos leguas de la ciudad.

Llegó un hombre a todo escape al Palacio, preguntando por el Presidente.

Landa detuvo al emisario.

— ¿Qué pasa?—le dijo con ansiedad.

— No sé—dijo Manuel, que era el que traía los pliegos para el Gobierno.

— ¿De dónde viene usted?—siguió preguntando Landa.

— De Guanajuato.

— ¿Y no ha habido todavía encuentro con las fuerzas del Gobierno?

— No lo sé; algo se decía a mi salida.

— Usted no dice la verdad.

— No sé mentir—respondió Manuel algo turbado.

— Usted trae alguna mala noticia, no puede usted ocultarlo. Manuel, esquivando la conversación, le preguntó:

— ¿Dónde está el señor Presidente?

— A dos leguas, en unos baños de Colomos.

— Pues con permiso de usted, compañero.

Y sin esperar respuesta, resbaló las espuelas por los ijares de su caballo y salió a todo escape de la ciudad.

— Han derrotado al ejército de la Coalición—murmuró Landa. Y torciendo caminos y revolviendo calles, entró en una casa apartada de la ciudad.

— ¿Qué pasa, señor teniente coronel?—le preguntó un clérigo que salió a su encuentro.

— Que estoy seguro de que Parrodi ha perdido la batalla.

— ¡Bravísimo!—gritó el clérigo— ¡Hemos triunfado! ¡Hemos triunfado!

— Así lo creo.

— Pase usted, allí están los amigos.

Entró Landa a una pieza donde había dos frailes y otros personajes de la policía clerical.

— Señores—dijo el clérigo restregándose las manos—, buena noticia, noticia soberbia: Parrodi está derrotado.

— ¡Alabemos a María Santísima!—dijo un fraile.

— ¡Sea eternamente bendita!—contestó el otro.

Todos se pararon impacientes.

— Cuento usted, cuente—dijo el clérigo.

— Señores—dijo Landa—, es una suposición nada más, con visos de certeza. Acaba de llegar un teniente coronel con pliegos para el Presidente, y no ha querido decirme nada; si fueran buenas noticias, ya se estaría repicando.

— Es verdad, es verdad—exclamaron todos.

— El emisario salió a todo escape para los baños; dentro de dos horas todo se sabrá.

— Bien, esperemos—dijo un fraile.

El clérigo le interrumpió:

— No, señor; pensemos en llevar adelante nuestro plan. Aquí está el nudo gordiano; resolvamos la situación en un momento.

— Si es cierto lo que yo me figuro, no tengo inconveniente en realizar nuestra combinación.

— Además de su altísima importancia decisiva para nuestra causa, es muy fácil de ejecutarse.

— Es verdad—contestó Landa—; mi batallón de la guardia de Palacio, es la fuerza más bien organizada; la Guardia Nacional es poca cosa.

— Sí, sí—dijo un fraile—; se apodera usted de Juárez y de los ministros, y se los entregamos maniatados a nuestro Gobierno.

— Pueden surgir algunas dificultades, pero aprovechando el momento de la desmoralización que produzca la noticia de la derrota, el camino se allana; además, tengo hablada yo a mi oficialidad.

— Creo—dijo el clérigo—que necesitará usted dinero.

— Urgentemente—respondió Landa.

El clérigo se dirigió a una caja, apartó sus sotanas, y del fondo sacó unos cartuchos de onzas de oro.

— Ahí tiene usted seiscientas onzas, y si necesita usted más, pida cuanto quiera.

Recibir un puñado de oro por entregar al Presidente de la República, era menos que los «treinta dineros» de Judas.

— Nosotros—dijo un fraile—domaremos al pueblo, que acudirá en un momento oportuno.

— Muy bien—dijo Landa—. Me voy, porque el señor Juárez debe llegar de un momento a otro.

Y saludando a aquella turba de conspiradores, se alejó de la casa con más precauciones que cuando entró en ella.

— ¡Miserables soldados!—dijo el clérigo—Son nuestros viles instrumentos; por unas cuantas monedas son capaces de traicionarse ellos mismos.

— Avisemos al señor obispo; la noticia va a caer como bomba; al fin triunfaremos y el golpe será tremendo.

Disolvióse la reunión y corrieron los frailes al obispado a poner en conocimiento del primer revolucionario la estupenda noticia de la derrota de Parrodi, general en jefe del ejército de la Coalición.

El señor Juárez y sus amigos habían terminado su baño, cuando Manuel llegó cubierto de sudor y su caballo reventando de cansancio por la velocidad de la carrera.

— ¡Manuel!—gritó Guillermo Prieto—¿Qué traes de nuevo?

— Estos pliegos para el señor Presidente.

El señor Juárez abrió el cartapacio con entera serenidad.

Leyó, y su semblante nada dijo. Aquel hombre era como el Océano: mudo, callado, silencioso; pero guardando en el fondo las tempestades.

Pasó los pliegos al señor Ocampo; Prieto se inclinó para leer a su vez.

Todos enmudecieron.

El señor Juárez, dirigiéndose a Manuel le dijo:

— Y usted, joven, ¿ha estado en la batalla?

— Sí, señor Presidente.

— ¿Y qué ha pasado?

— Señor, si el general Doblado no se retira, ganamos la batalla.

— ¡Siempre Doblado!—dijo Ocampo.

— En el camino supe que había capitulado en Romita, entregando toda su fuerza. Mi general Parrodi salvó la división, y ya viene camino para acá; las otras fuerzas van para Michoacán.

— Muy bien.

— ¿Y nuestros amigos?—preguntó Guillermo Prieto.

— Señor—dijo Manuel, con las lágrimas en los ojos—, mataron al coronel Calderón.

— ¡A Pepe!—exclamó Guillermo, y con el faldón de su levita se limpió las lágrimas que corrían en abundancia.

— ¡Era un gran soldado!—dijo Manuel—Al frente de la caballería dió la carga y un casco de metralla le vació el pecho.

— Usted se quedará con nosotros—dijo el señor Juárez.

— Estoy a la ordenes del señor Presidente—contestó Manuel.

Subieron al coche el señor Juárez y sus ministros, y se dirigieron a la ciudad.

Esta noticia circulaba de boca en boca y de secreto en secreto.

El señor Juárez dijo al señor Ocampo:

— Publique usted la noticia de la derrota de nuestro ejército.

Entró Contreras Medellín, Prefecto del cantón, a la sala donde el señor Juárez hablaba con sus ministros.

— Señor Presidente—le dijo—, hay una grande agitación en la ciudad; pero eso no importa; es el efecto de la noticia. Lo que hay de grave, es que sé, a no dudarlo, que el teniente coronel Antonio Landa se pronuncia esta misma noche, y que es necesario destituirlo inmediatamente.

— Mañana al relevar las guardias quedará destituido—dijo Ocampo.

— Como usted lo disponga, señor ministro—dijo Contreras Medellín.

— Tome usted alguna providencia para esta noche.

— Voy a enviar cincuenta hombres, que se estacionarán en los corredores de Palacio, a las ordenes de Casimiro Pérez Verdía, en quien tengo una gran confianza.

Entró al salón el general Silverio Núñez, y se enteró de lo que pasaba.

— Señor Presidente—dijo el bravo y apuesto joven—, se insiste en una especie enteramente falsa; Landa es incapaz de una traición.

— Señor general—contestó Contreras Medellín—, lo sé de una manera enteramente cierta.

— Pues yo deseo—dijo Núñez—que esperemos a mañana, porque una destitución violenta puede motivar un escándalo.

—Así está ordenado, señor general.

—Nosotros—dijo Núñez—, a velar a nuestros cuarteles. Aquel movimiento no fué desconocido para Landa, que aplazó sus planes para el día siguiente.

En la noche ordenó a sus soldados que debían dar la guardia en Palacio, el movimiento que habían de hacer ya en combinación de los soldados que esa noche custodiaban al Presidente.

VI

Se aguardaba el relevo de la guardia, para publicar en la orden del general la destitución de Landa.

Ya la llevaba en el bolsillo Contreras Medellín.

Pasó la noche en la mayor ansiedad, por una y otra parte.

Al día siguiente, el 5.º se dirigió al Palacio, y al estar frente a las fuerzas que ocupaba el señor Juárez, se oyó una voz ronca, desprendida de aquel tumulto: ¡Viva la religión!

Hubo un desorden espantoso.

El señor Juárez iba a entrar en una pieza interior, tenía la mano en el pestillo de la puerta.

En aquel momento oyó los gritos de ¡Viva la religión!, y no se movió.

Los ministros se prepararon con entera serenidad; tenían de antemano aceptada la hora del destino.

Era el día 13.

El capitán Filomeno Bravo entró pálido al salón de la Presidencia.

Le temblaba el brazo con que detenía la espada desnuda, que apenas podía sostener.

Balbuciendo, se dirigió al señor Juárez, y le dijo:

—Señor Presidente, yo soy mandado... Se me ha dado la consigna de... de...

—Retenemos presos—dijo Ocampo.

—Sí, señor.

—Pues ya lo estamos—dijo Ocampo.

—Con permiso de usted, señor Presidente—dijo el oficial, y salió aquel Filomeno Bravo más acobardado que una mujer.

VII

Al saber el general Núñez el suceso, se puso furioso; porque él era verdaderamente el responsable de la situación.

Dirigióse con todo valor al cuartel del 5.º y dijo a Landa:

—Que salga a formar a la calle ese batallón.

—No puedo—dijo Landa temblando—, porque, mi general, estoy pronunciado.

—¡Miserable!—gritó Silverio Núñez, y arrojándose sobre el traidor lo tomó por el cuello y lo estaba ahogando.

Entonces un soldado, que ya tenía orden de aprehender al general, tendió el fusil e hizo un disparo.

La bala se desvió en las tapas de un magnífico reloj que llevaba Núñez en el chaleco; el golpe fué muy fuerte, pero no entró en el cuerpo del bravo general. Le rodeó la tropa y fué conducido a Palacio, preso en unión del señor Juárez y sus ministros.

Las guardias nacionales no perdieron la moral.

Contreras Medellín se atrincheró en San Agustín; Cruz Aedo en San Francisco, y Alvarez en Santa María de Gracia.

El fuego se rompió contra el Palacio. Los reaccionarios, para acrecentar sus filas, sacaron a los bandidos y a los asesinos de la cárcel y los llevaron a Palacio. Estos miserables insultaban de una manera soez al Presidente.

Guillermo Prieto, que estaba en el patio viendo el relevo de la guardia, fué llevado a empellones al salón donde estaban los ministros y el señor Juárez.

Multitud de jefes santanistas que estaban ocultos, se presentaron a Landa para ayudar a la reacción.

Landa, que no esperaba la resistencia de la guardia nacional, perdió la moral, esperando que Parrodi avanzara, y estaba perdido.

Tocóse parlamento en Palacio y respondieron al toque, San Agustín, Santa María de Gracia y San Francisco.

Landa corrió a ver a Silverio Núñez, buscando su protección para capitular.

Hubo un armisticio.

Cruz Aedo era impetuoso y de un gran valor; se propuso dar un golpe de mano.

Manuel corrió al cuartel; era amigo de Cruz Aedo, y entre los dos concertaron el plan.

Formaron una columna y se lanzaron sobre el Palacio.

Llegó la columna hasta la esquina de la cárcel, donde había un cañón, sin más custodia que un centinela.

Arrojáronse sobre la pieza Manuel y Cruz Aedo para romperla y dirigir el fuego sobre el Palacio.

Cundió la alarma; entonces, los pronunciados comenzaron a hacer un vivo fuego desde las ventanas y azoteas, sobre la pequeña columna y la aniquilaron.

Manuel y Cruz Aedo, que no tenían elementos para un asalto y sufrían el plomo a mansalva, se retiraron entre la lluvia de balas.

Oyóse en el campo enemigo el grito de ¡Traición!, y toda aquella soldadesca pedía a gritos la muerte del Presidente y de los ministros.

VIII

El clérigo de la junta revolucionaria atravesó entre el fuego, con un gran valor, y penetró en Palacio.

Tomó con su mano crispada y nerviosa el brazo de Landa, y, sacudiéndolo con fuerza, le dijo:

—¡Cumpla usted con su palabra!

—Señor—dijo Landa—, he cumplido.

—No; usted debe fusilar inmediatamente a Juárez y a su ministerio. En manos de usted está el éxito de la revolución. Tenga usted valor.

—Me sobra—dijo Landa—, pero no me creo autorizado para esta matanza.

—¡Esta es la revolución!—exclamó el clérigo—Usted va a ser responsable ante la nación de esta debilidad.

—Si usted estuviera en mi lugar, le pasaría lo mismo.

—Sepa usted, señor teniente coronel, que éstos mismos le han de poner a usted un lazo al cuello.

—Está bien, pero no me atrevo.

—Pues yo sí—dijo el clérigo, y corriendo a donde estaba el oficial Filomeno Bravo, le dijo:

—Su porvenir de usted está hecho; su nombre de usted va a immortalizarse. Nosotros le ofrecemos a usted, bajo nuestra palabra, la banda de general; pero, en el acto, pase usted por las armas a ese hereje, a ese bandido de Juárez.

Filomeno Bravo entró con la guardia al salón, donde encontró en pie al señor Juárez.

—¡Fuego!—gritó con voz insegura.

Los soldados tendieron los fusiles.

El señor Juárez quedó impasible.

Oyóse entonces una voz tremenda que dijo con un terrible acento:

—¡Alto!

Tal vez el instinto de obediencia hizo suspender los disparos.

Guillermo Prieto se interpuso, y, con acento profético, inspirado, sobrehumano, les dijo:

—Soldados del 5.º, sois valientes; disparad vuestras armas en el campo de batalla, no contra los indefensos.

¡Yo os conjuro a que no atentéis contra la vida del Presidente de la República; él ha proclamado vuestra libertad; su persona es sagrada!

Los soldados, persuadidos por aquella voz, levantaron las armas y sin esperar más órdenes del oficial, salieron en desorden del salón.

IX

Landa se presentó y tuvo una explicación sobre la conducta de Cruz Aedo, teniéndola simplemente como un acto de audacia y no como una violación del armisticio.

El clérigo, que tenía puesto el ojo en la cerradura de la puerta, había seguido con vivo interés aquella escena.

—¡Malditos sean estos habladores—exclamó—, y estos soldados cobardes que no sirven para nada!

Rabioso salió de Palacio y se dirigió al obispado.

Landa, lleno de miedo y de cobardía, capituló, y dejó la plaza, seguido de una corta fuerza; porque los presidiarios y los ladrones se desbandaron en todas direcciones.

Aquel palacio tan suntuoso fué saqueado por los presidiarios que rompieron a balazos las vidrieras, destrozaron los muebles, desgarraron los cielos rasos, despedazaron las alfombras, saquearon los equipajes del Presidente y de los ministros, rompieron las camas de todos y robaron cuanto encontraron al paso, y todo en nombre del orden, de las garantías y de la religión.

Las campanas de los templos anunciaron que la reacción había perdido la más importante de las jornadas.

CAPITULO IV

¡VIVA LA RELIGION!

I

La guerra santa estaba proclamada.

Felipe II era un demagogo en comparación del general Zuola, que fungía de Presidente.

Los ministros oían misa antes del acuerdo; invocaban a Dios a todas horas.

Los infelices empleados tenían que darse golpes de pecho y santiguarse.

Los soldados traían al cuello medallas y escapularios; era una manifestación pública religiosa, que sobrepujaba al virreinato.

Las beatas con caras compungidas y las devotas jóvenes ostentando sus lazos «verdes» y los zapatos «rojos», para pisar el emblema de la revolución.

El Palacio era una corte de santurrones.

Las comunicaciones oficiales sacaban a relucir la religión y todos se afirmaban en sus creencias católicas.

El encono, el odio, el rencor más terrible, se exprimían contra las familias liberales, que a su vez satirizaban cruelmente a los reaccionarios.

A veces se veían perros vagabundos, llevando moños «verdes» en la cola.

Era una lucha sorda y enconada la de los partidos.

Los frailes aparentaban satisfacción, pero no lo estaban en su conciencia; comprendían que toda aquella farsa no era más que un triunfo efímero y que se les deparaban grandes infortunios.

El clero hubiera deseado estar como siempre en la sombra